

El piso perdido

SI ENTRA EN EL ASCENSOR DEL VESTÍBULO de la Biblioteca del Estado de Nueva York, descubrirá que, a pesar de que el edificio tiene once plantas, el octavo no tiene botón. Para llegar al octavo, que está cerrado al público, hay que subir al séptimo, atravesar una puerta de seguridad, identificarse ante un bibliotecario y pasar a otro ascensor que sube un piso más.

Al pasar por delante de estanterías llenas de libros y publicaciones periódicas en lenta descomposición –los presupuestos del estado de Kansas desde 1923, el censo australiano, la serie completa encuadernada de *Northern Miner*–, tal vez oirá a lo lejos una ópera alemana procedente de un pequeño despacho, situado en el ángulo sudeste del edificio. Si se asoma a la puerta, probablemente encontrará a un hombre de apariencia tosca, encorvado sobre su mesa, acaso afanándose en leer algo con una lupa de joyero. El carácter recóndito del lugar es una metáfora apropiada del trabajo que allí se desarrolla. Lo que estará estudiando el Dr. Charles Gehring será uno de los varios miles de artefactos a su cargo, artefactos que, cuando revelan sus secretos gracias a los esfuerzos de este investigador, cobra vida un momento de la historia que ha pasado desapercibido durante tres siglos.

Este libro cuenta la historia de esa época. Es una historia de grandes aventuras, cuando Francis Drake, Henry Hudson y el capitán John Smith ampliaban las fronteras del mundo, y Shakespeare, Rembrandt, Galileo, Descartes, Mercator, Vermeer, Harvey y Bacon

revolucionaban la expresión y el pensamiento humanos. Es un relato marcadamente europeo, pero también una pieza esencial del surgimiento de Estados Unidos. Es la historia de una colonia europea en las costas norteamericanas, una colonia que acabó subsumida por las demás.

El núcleo del libro gira en torno a una isla, una isla virgen de forma alargada, en el límite del mundo conocido. Cuando las potencias europeas enviaron naves y empresarios-aventureros a explorar los mares ignotos, en la primera era global de la historia, esta isla se convirtió en un fulcro de la lucha por el poder internacional, la llave de control de un continente y un nuevo mundo. Este relato incluye a los reyes y generales que conspiraron por el control de esta propiedad, pero su núcleo está constituido por un colectivo más humilde: una banda de exploradores, empresarios, piratas, prostitutas y pícaros de diverso jaez, procedentes de distintas partes de Europa, que acudieron en busca de riqueza a esta remota isla. Este insólito grupo constituyó una nueva sociedad. Fueron los primeros neoyorquinos, los primeros habitantes europeos de la isla de Manhattan.

Es común pensar que en el surgimiento de Estados Unidos participaron trece colonias inglesas y concebir la historia norteamericana como una raíz inglesa en la que, con el tiempo, se injertaron las culturas de muchos otros países, conformando una nueva especie de sociedad que se ha erigido en un modelo multiétnico para las sociedades progresistas de todo el mundo. Pero no es cierto. Circunscribir los orígenes a las trece colonias inglesas supone omitir otra colonia europea, establecida en Manhattan antes de que existiese Nueva York, y cuya historia no se había borrado en modo alguno cuando los ingleses la conquistaron.

El asentamiento en cuestión ocupaba la zona comprendida entre los territorios ingleses, recientemente constituidos, de Virginia y Nueva Inglaterra. Se extendía, aproximadamente, desde los estados actuales de Albany y Nueva York, al norte, hasta la bahía de

Delaware al sur, abarcando la totalidad o parte de lo que se ha convertido en Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Pensilvania y Delaware. Fue fundado por los holandeses, que lo denominaron Nuevos Países Bajos, pero la mitad de sus habitantes procedía de otros lugares. Su capital era una diminuta colección de edificios toscos construidos junto a una tierra virgen ilimitada, pero por sus muelles y sendas embarradas merodeaba una Babel de pueblos –noruegos, alemanes, italianos, judíos, africanos (esclavos y libres), valones, bohemios, indígenas munsees, montauks, mohawks, y muchos otros–, todos residentes en los confines del imperio, luchando por encontrar un modo de convivencia, un equilibrio entre el caos y el orden, la libertad y la opresión. Entre ellos destacaban los piratas, las prostitutas, los contrabandistas y tiburones de los negocios. Dicho de otro modo, era Manhattan desde el principio: un lugar distinto de cualquier otro asentamiento de las colonias norteamericanas o de cualquier parte del mundo.